

las listas de proscripción y de muerte. A tal noticia los acompañantes huyen, la procesión se dispersa, el niño apela, como cuando le amenazaban con pegarle, á sus pies y llama con presteza y estruendo á su casa. ¡Horror! La madre no quiere abrirle su puerta. El pobre muchacho corre á los montes, y sufre tal hambre, que baja desalado á los caminos. Aquí unos bandidos lo secuestran, y pasa tales penas, que vuelve á Roma y se rinde á los centuriones. Pues bien, un centurión lo degüella. Hubo quien se metió en los sudarios de los muertos y se dejó quemar vivo. Diéronse tales ejemplos, que no quisiéramos recordarlos por honra del humano linaje. Un joven, que perdiera á su hermano, se arrojó al Tíber, y habiéndolo salvado los pescadores tres veces contra su voluntad, los sicarios, delante de aquellas mismas almas piadosas y caritativas, lo descabezan. Algunas esposas, cansadas de su matrimonio, delataron á sus esposos. Cierta patricia, viendo llegar su mujer á la cabeza de una turba de asesinos para matarle, se suicidó, maldiciéndola y rompiéndose el cráneo contra las piedras mismas de aquel hogar maldito. Otra delatora, como quiera que su marido estuviese á punto de irse y de salvarse, retúvolo con sus caricias para que llegasen los sicarios. ¡Ah! El papel representado por Fulvia en estas tristísimas tragedias no

puede tener excusa, como no tiene quizá ejemplo y nombre. Las clases ricas padecieron más aún que las clases pobres; primero por senatoriales y amigas del Senado, después por pudientes que dejaban oro en aquellas manos tintas de sangre. A las proscripciones, á las matanzas, acompañaron la confiscación universal. Pero había tantas propiedades en el mercado y tan pocos adquirentes ó compradores, que tierras y casas cayeron á una en precio vil. Así arbitraron, como buenos arbitristas, citar las mil trescientas matronas más ricas de la ciudad para investigar y traer al acervo común de la tiranía sus riquezas. Viéndose amenazadas de tal despojo apelaron á las postreras prácticas del derecho de reunión que aun quedaban en la república espirante y expidieron comisiones á la madre de Octavio y á la esposa de Antonio. La madre de Octavio las recibió, pero Fulvia no quiso recibirlas, sedienta, como su esposo, de oro y sangre. Un rayo de caridad iluminaba con tal motivo esta carnicería, probando cómo el pueblo hubiera salvado su libertad y su república de haberlo querido. Congregados los triunviros en tribunal fueron á ellos las mil trescientas damas en procesión. Y aquellos avaros asesinos, que saqueaban y mataban con implacable indiferencia, no querían oirlas; pero se movió el pueblo á compasión hacia las mujeres y



á ira contra los tiranos hasta el punto de obligarles á desistir en su empeño. Así, con toda esta podre al pie, brotó la tiranía en el mundo.

Pero Fulvia no creía su victoria completa mientras la palabra de Cicerón pudiese vibrar en los aires. Todas cuantas satisfacciones podía en su furor apetecer, todas le procurara la fortuna. Dominaba con dominio imperiosísimo sobre Antonio y le movía según su arbitrio, soberana por completo de aquel cambiante albedrío. Así colmó á un tiempo su ambición política y su codicia casera. Para mayor felicidad suya, los veteranos de Antonio, de Lépido y Octavio, acordándose cómo la muerte prematura de Julia, hija de César, trajera la enemistad irreparable de este gran general con su yerno Pompeyo, proclamaron la necesidad imprescindible de reunir á los triunviros en familia por medio de matrimonios é impusieron á voces con amenazas, blandiendo los instrumentos de combate y exterminio, el enlace de la hija engendrada por Clodio en Fulvia con Octavio; y bien ó mal de su grado tuvo que casarse Octavio, hijo y heredero de César, con la esposa que le impusieron á gritos las legiones. Pero nada, nada quería Fulvia como su venganza de Cicerón. Conociéndolo el miserable Octavio, que se hallaba por tantos deberes obligado á la defensa del orador, no intentó ninguna

resistencia. Cicerón se hallaba por estos momentos en su casa de Túsculo. Pocos espacios tan hermosos por la solemnidad y por la grandeza. Los montes Apeninos á la espalda, Tíbur á un lado con sus templos y sus cataratas, á otro lado Albano con sus lagos y con sus jardines, al pie aquel campo de Aníbal, ungido por tantos recuerdos y poblado de tantas sombras; en los lejos, en las amplias perspectivas, la campiña romana; y nadando entre los arrebaleos de un aire multicolor, cargado siempre de tintas varias y hermosísimas, Roma, la inmensa Roma, con sus varios monumentos y su diadema de glorias. Allí, allí pensara Cicerón sus altas concepciones académicas y escribiera libros espiritualistas en que todavía se aprende hoy la elocuencia del alma y la sobrehumana religión del pensamiento. Estaba con su hermano Quinto, que traicionó la república y fué amigo de César. Pero ¿quién se acordaba en estos instantes últimos de tamaños hechos, y quién podía castigar una corrupción que llegaba con sus cánceres al seno de la propia familia? Ya en Roma estaba perdida la libertad, y Cicerón y Quinto salían de Túsculo requiriendo la costa para encontrar amiga nave que los condujese, ó bien á Siria, ó bien á Macedonia, ó bien á Sicilia, donde se hallaban los últimos republicanos. Escogieron, pues, para embarcarse ambos, el sitio denominado Astu-



ra, donde Cicerón tenía otra quinta. Iban de camino en dos literas, departiendo acerca de su propia desgracia y de las desgracias patrias. Pero en esto se acuerdan de que no llevaban dinero alguno para la travesía. Tuvo que volverse Quinto á Roma en busca de los recursos. ¡Infeliz! Nunca lo hubiera hecho. Reteniéndolo allí la necesidad algunos días, encontróse con su hijo mayor, y sorprendidos ambos por los sicarios, no hay para qué decir cómo lo pasarían cuando Antonio y Fulvia acababan en sus furores de condenar y demoler hasta la casa misma del orador en Roma. Quinto quiso morir por su hijo y el hijo morir por su padre. Pedía éste que le ahorraran el dolor de ver morir á quien destinó en su amor para cerrarle los ojos, y aquél pidió que le ahorraran la orfandad. Los crueles asesinos declararon riendo y burlándose que los pondrían de acuerdo. Y, en efecto, piadosamente mataron á los dos. ¡Horrible crimen para la tiranía pertenecer á una familia tan ilustrada en los anales de la libertad y llevar nombre tan imperecedero como el nombre de Cicerón!

Éste llegó á la orilla del mar y hasta pudo embarcarse. Favorable brisa le llevó, bajo aquel cielo y sobre aquellas aguas azules, hasta el hermosísimo cabo Circeo, como convidándole á vivir con la intensidad infinita de luz y con la exube-

rancia increíble de rebosante y extraordinaria vida. Pero la soledad completa, cuando tan habituado estaba en el movimiento de los años á la comunicación pública y privada con todo el mundo, le aterró. La ilusión de que no podían atreverse á tanta grandeza y á tanta gloria como llevaba consigo; el deseo aun de mover al traidor Octavio, como si las entrañas de un tirano á ninguna persuasión pura pudieran moverse ni mucho menos rendirse bajo ninguna grandeza intelectual ó moral; hasta los mareos mismos causados por los ayunos de su cuerpo y las tribulaciones de su alma en mar tranquilo y sereno le impelieron al regreso y le granjearon el martirio. Anocheció cuando desembarcó para volverse á la quinta. En aquellos días atravesaban las delaciones, como siniestros fuegos fatuos, todas las campiñas y todas las costas romanas. Plutarco, en su artístico afán de relacionar los hechos humanos con los hechos naturales y la sociedad con el universo, cuenta cómo los buitres, husmeando ya el cadáver de Cicerón, iban al palo de su buque, al techo de su casa, castañeteando en sus picos resonantes muy adversos y muy siniestros augurios. Desesperanzado ya de todo, rendido irremisiblemente al peso de la fatalidad, conforme con acabar como le anunciaran siniestras sombras y terribles amagos, respondió su-



plicando al destino le prestara indiferencia por todo, á fin de morir tranquilo sobre la tierra por él en otro tiempo salvada y que solamente le ofrecía tristes desengaños. Los domésticos no quisieron oír estas insistentes súplicas; noticiosos de cuanto pasaba en las cercanías, atisbando todos los objetos, oliendo y husmeando todos los presagios, juramentáronse para salvarlo y redimirlo á la sentencia que pesaba sobre su cabeza, llevándolo como quien lleva un objeto inerte y expidiéndole á Grecia, con lo cual imaginaban guardar su vida, suspensa con majestad no usada sobre los ocasos de su gloria. Pero equivocábanse tristemente.

Un proscrito del mundo romano era un proscrito del mundo universal. No había más que Roma en la tierra. Durante aquella noche, devorada en su triste hogar, debió Cicerón revolver allá por su mente, cuasi encendida en la fiebre, mil extraños proyectos. Ya pensó en irse á casa de Antonio y retarle para que se atreviera con él, como si Antonio, acompañado del diablo de Fulvia, tuviera en su alma conciencia y en su corazón capacidad para ningún movimiento generoso. Luego pensó en irse ante Octavio y allí matarse, como si Octavio no fuera capaz de mirar en su muerte voluntaria el suicidio artístico de cualquier buen actor en el teatro público, y después de muerto apartarlo

con el pie para que no le oliese mal. Los sicarios y centuriones iban acercándose á la madriguera. El ojeo de aquella caza de hombres lo exploraba todo y todo lo descubría. La servidumbre del orador no quiso entregarlo. Por honor suyo lo recogió de nuevo, lo metió mal de su grado en litera y lo condujo á la costa. Mientras ellos huían acercábanse á la puerta los malvados centuriones. Para que todo resulte aborrecible de suyo en estas trágicas incidencias, dirigía la turba de sicarios un oficial á quien Cicerón salvara la vida con su elocuencia. Llamaron y no abrieron los pocos servidores allí restantes. Viendo la resistencia, rompieron la puerta y penetraron. Pero no hubo medio de arrancar á la fidelidad religiosa de la gente aquella doméstica el camino de su amo. ¡Ay! La naturaleza humana debía ofrecer otro ejemplo más en esta edad horrorosa de perversión profunda. Un joven libertino, á quien redimiera Quinto de la esclavitud y educara con amor y cuidado Cicerón, señaló á los infames sicarios el camino que tomara su presa. Próximo á la ribera, casi en las arenas ya, á vista del mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia decidióse á morir. Los esclavos bajaron la triste litera del orador á tierra y se pusieron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas



no quiso el orador combatir ya más tiempo con la fatalidad. Prohibiéndoles toda tentativa de ataque y defensa. Sentado en su litera con serenidad imperturbable levantó el brazo, y poniendo la barba sobre su mano como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada penetrante del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y aguardó el golpe. Aquellas gentes perversas no se contentaron con el asesinato, infligían también las burlas. Así chacotearon mucho, como si estuvieran en vil taberna, delante del armatoste donde agonizaba la mayor gloria romana, y se rieron del traje descompuesto, del rostro sucio, del cabello desgreñado que llevaba el orador en su fuga. Inmóvil éste, sin género alguno de impaciencia por morir, pero sin temor á la muerte, opuso indiferencias estoicas á los preparativos del suplicio y á las burlas del sicario, como si tuviera cerrados los ojos y los oídos á la vida y abierto el pensamiento lleno de ideas á la inmortalidad. Al acercarse á tanta grandeza el verdugo, varios de sus ayudantes retrocedieron con horror y ocultaron la cara entre las manos. El oficial se puso por tal manera nervioso, que no acertaba con su obra. El instrumento

de su oficio se le caía de las manos. Tres veces puso el filo de su espada en aquel cuello y tres veces lo apartó. Las torturas que infligieron á Cicerón y las ansias que le causaron en su agonía no son para dichas. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en huesos y nervios, convirtiéndose como en una especie de sierra. Al fin y postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarlo, y degollado, lo trucidaron como á una bestia en el matadero. Y se repartieron los despojos cual si fuesen aprovechables. Cabeza y manos pasaron á poder del capitán, que debía regalárselos á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos y picó furiosa con su alfiler de oro la incomparable lengua que había vibrado en los aires las filípicas. Antonio colmó de dinero aquellas manos infames del inmundo esbirro que le trajeran las manos creadoras y divinas del inmortal orador. La cabeza que había resplandecido con tantas ideas; los restos que debían flotar eternos en el naufragio de aquella Roma, cancerada por el despotismo é invadida por los bárbaros en castigo á sus crímenes, ¡ay! la cabeza y los restos permanecieron colgados en la tribuna de los Rostros, á la vista del pueblo, sin que llegaran á conmover al pueblo; tan bajos y perversos hace á los hombres el conformarse con la tira-



nía. Arrancaron á Cicerón su lengua y á Roma su libertad; pero le arrancaron el alma. Todo cuanto había nacido en la república fué grande; pero todo cuanto nació en el imperio, fuera de las almas valerosas que protestaban contra la tiranía, fué miserable y pequeño. Ya no hubo tribuna, ya no hubo las agitaciones consiguientes á la libertad; pero tampoco hubo artes, ni ciencias, ni letras, ni heroísmo, ni grandeza, porque todo quedó, todo, marcado con el sello de la decadencia. En cuanto á Fulvia, casada primero con Clodio, muerto á manos de las facciones romanas; casada luego con Curión, vencido en Africa por Juba; casada luego con el infame Antonio, sufre bien pronto un inesperado castigo. El esposo, hastiado de su imperio, se precipita en brazos de Cleopatra; y el yerno, aquel Octavio que ya se juzgaba dictador absoluto, quiere para sí todo el imperio. Fulvia entonces, para impeler de nuevo su marido al tálamo y á la casa, para deponer á Augusto del trono y del altar, emperador y dios, ciñe un casco, blande una espada y se pone al frente de unos veteranos, consiguiendo tan sólo morir de fiebre y desesperación en Sicione.

## CLEOPATRA

El mundo romano había cumplido sus ideales al terminarse la república y sobrevenir el cesarismo sin dificultades internas de primer orden ni obstáculos externos de invencible resistencia. Como quiera que un pueblo, esclarecido por la estrella de su idea y asentado sobre la base de sus instituciones, gobernaba y regía la tierra, no era cosa fácil seducirlo y extraviarlo, cual se pudo más tarde seducir y extraviar á un hombre, reemplazado el Gobierno de todos por el Gobierno absoluto y personal tristemente. Roma, en sus altos destinos, compendiaba por medio de fórmulas prácticas las fórmulas abstrusas del pensamiento griego; y constituyendo así el derecho construía desde nuestro Estado moderno hasta nuestra familia, para preparar las vías con su imperio universal á la universal religión. Frente á este sistema de ideas, que podría-